EBRO 1938

La Batalla de la Tierra Alta

EBRO 1938

La Batalla de la Tierra Alta

Rubén García Cebollero

nowtilus

Colección: Novela Histórica
www.nowtilus.com

Título: Ebro 1938
Autor: © Rubén García Cebollero

Copyright de la presente edición © 2009 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3°C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Opalworks
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia R.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-719-0

Si me quieres escribir
ya sabes mi paradero
en el frente de Gandesa
primera línea de fuego

Índice

Capítulo 1: Nos preparamos 11

Capítulo 2: El paso del Ebro 33

Capítulo 3: Avanzamos..... 59

Capítulo 4: A las puertas de Gandesa 85

Capítulo 5: Combatimos en Pándols.....111

Capítulo 6: Agosto en Cuatro Caminos.....131

Capítulo 7: Franco en el Coll del Moro 159

Capítulo 8: El cruce de Camposines 187

Capítulo 9: Las lluvias de septiembre 209

Capítulo 10: Un paseo por Munich.....231

Capítulo 11: Luchamos en Cavalls 255

Capítulo 12: Adiós Internacionales 267

Capítulo 13: Sangre en San Marx.....291

Capítulo 14: El repaso del Ebro 317

Epílogo 341

1

Nos preparamos

Pocas veces en la Historia una operación militar de tales proporciones se ha preparado en secreto. Ni siquiera yo lo supe, a pesar de que muchos mandos de las tropas que intervinieron eran de la JSU o de que tío Pachi, jefe de Ingenieros en el Estado Mayor, desempeñó un papel decisivo en los preparativos para el paso del río.

Derrotas y esperanzas
Manuel Azcárate

Muchos años después, tras el retorno de su exilio forzoso, el general Vicente Rojo si sabrá qué precio se pagó por la batalla. Antes de abrir la puerta de entrada al Consejo, durante el año 1938, nada sabe sobre quiénes conviven en medio de estos días turbulentos.

Uno nunca sabe su precio hasta que se lo aciertan. Ni hasta qué punto ama algo hasta haberlo perdido. Con los republicanos combaten Basilio Perich, Pedro Hernández, Pablo Uriguen, Diego Zaldívar, *Maik* O'Donnell Berger, el alemán Ulrich, el polaco Jerzy y tantos otros, lejos de la Barcelona que habita Carmela Miró. Con los sublevados, el requeté Josep Camps, el falangista Andrés Muro, los legionarios Sebastián Ortiz e Isidoro Carmona y tantos otros, lejos del Madrid que habita Elena Domínguez.

Antes de abrir la puerta, de entrada al Consejo, Vicente Rojo desconoce el rostro del soldado Pedro que se embotará entre las aguas del Segre y las del Ebro. Nada sabe del pontonero Roque y su natal pueblecito de Angüés; de la bala que le perforará un ojo al enlace, brigadista internacional, Ulrich durante la segunda gran guerra; ni del dolor de Basilio por su

muerta mujer y su fenecido vástago en el bombardeo de Granollers; nada sabe del Mudo, el *Napias*, el *Chichas*, el *Manolo*, de Diego o de Ryan.

Las tropas avanzarán tras cruzar el río. Avanzarán hasta Gandesa. Las crestas de Pándols se teñirán de sangre. Será infernal agosto frente a Vilalba. Corbera caerá mientras Franco contempla desde lejos su caída. Se luchará por el cruce de Camposines. Llegarán las lluvias de septiembre. Se firmará el pacto de Munich. Se luchará en Cavalls. Se despedirá a las Brigadas Internacionales. Se morirá en San Marcos. Vendrán la retirada y el exilio, los lustros del Caudillo y su régimen, la represión y el silencio. En palabras del poeta León Felipe: «el principio del éxodo y el llanto.»

Antes de abrir la puerta, con su discurso de academia meditado, el general Rojo recuerda, cuando era comandante de Infantería, su parlamento con Moscardó en el Alcázar, quien rechaza entregarlo. Habla con oficiales y amigos, reparte cigarrillos, rememora sus clases como profesor de táctica en la Academia, donde estuvo diez años, a quienes hubiera gustado que él dijera que «me quedaría con vosotros si tuviera valor para sacrificar a mi mujer y a mis hijos. Si yo me quedo —les dice—, esta noche serán asesinados en Madrid.»

Rojo quiso decirle a Emilio Alamán que le escribiría una carta, que no sabemos si envió, que los leales al Gobierno republicano no estaban sometidos a ideología alguna, ni a demagogia, postrados, invadidos o hambrientos. No vivían bajo el tirano terror de la anarquía, el comunismo o la masonería, pues él llevaba también en su pecho un crucifijo cristiano y era querido y respetado por aquellos a los que, los rebeldes, califican de «hordas de incendiarios asesinos», que solo sabían matar católicos y pintar tranvías. Rojo se sentía en el bando de la libertad frente al bando del miedo.

Años después el Juzgado Especial para los delitos de Espionaje y Comunismo le procesará por el delito de rebelión militar, por no haberse rebelado contra el Gobierno legítimo

de la Segunda República. La vida es una paradoja. Así como él había propuesto a sus alumnos de promoción, en la Escuela Superior de Guerra, pasar el Ebro, para establecerse en la ruta Reus-Granadella, ahora la vida lo pone a él a ejecutar el paso táctico del río.

Aunque Rojo sabía que sus hombres amaban el peligro y lo difícil, quizá lo imposible, un valor reconocido incluso por Yagüe en un discurso en Burgos que le valió un arresto cuando acabaron las operaciones de Balaguer, y cuando entregó el proyecto del paso, el 5 de junio, lo veía de una forma muy diferente a ahora. El agregado ruso, Maximov, dio el visto bueno y después dijo que el paso del Ebro iba a ser un fracaso. Rojo pidió a Negrín ser relevado del cargo, y marchar a cualquier lugar en cualquier frente, pero no fue así. Aunque les fallara la aviación y el armamento, aunque se indignase, aunque volviera a poner su cargo a disposición el 30 de junio, Rojo sabía que con Franco no habría ni paz, ni piedad, ni perdón; sabía que sus hombres lucharían por defender las libertades de su pueblo, la dignidad patriótica; que su infantería sería como la de los Tercios que en Rocroi, según Bousset, eran muros que tenían la virtud de reparar sus brechas.

Solo Negrín desea esta ofensiva. Rojo ha llegado a afirmar, con la boca pequeña, que piensa asistir como turista. Serán Modesto Guilloto y Líster quienes lleven el peso de tan cruel campaña. El general respira hondo antes de comparecer ante el Consejo de Guerra de la República. No desea que el Ebro sean unas Termópilas, aunque exista una posible Salamina.

Un tenue haz ilumina las tres rojas estrellas y la espada, contra la funda en equis, de su distintivo. Viernes, por la mañana, 24 de junio del 38. Etapa final de un plan que lleva casi tres meses de preparación. En mayo la compañía de fortificaciones y obras del Ejército del Ebro construye el observatorio de campaña, en la Mola de Sant Pau de la Figuera. Una estratégica trinchera con capa de hormigón, camuflaje, mirillas, estructura de raíl, una te con vigas y una capa vegetal sobre el hormi-

gón. Los comandos han ido acumulando la información precisa. Desde el observatorio se divisan el valle del Ebro, la sierra de Cavalls, la de Pándols, y muchas cotas más de la ofensiva.

El general, apolítico y bueno, cristiano y español, ante el Consejo, propone atacar al Ejército rebelde en el sector del Ebro, casi a cien kilómetros del mar, en una zona defendida tan solo por una bisoña división. El objetivo es aliviar Levante, unir las dos zonas gubernamentales, y amenazar las comunicaciones facciosas en dicho frente para detener su acción. «Podríamos llegar a Maella, Calaceite o Vinarós» —afirma.

«Ellos nos lo hicieron por Quinto —señala Rojo al Consejo—. Ahora nos toca cruzar el río y aliviar la presión sobre Valencia, Almadén y Sagunto.»

Faltan los puentes que se han de construir en Cataluña y que no se pueden importar.

El trabajo con la tropa es intenso desde mayo. A finales de abril cada unidad y servicio efectúa ya ejercicios para cruzar el río. Aprenden a remar, nadar, combatir y ejecutar marchas nocturnas.

Del Ebro se analizan los lugares de paso, concentración de tropas y material, camuflaje, y emplazamiento de la artillería para que, llegada la hora, las fuerzas, las barcas y los puentes estén listos y el enemigo ni lo intuya.

Pedro Hernandez es un buen nadador, minero de la costa murciana, con buen pulso y puntería con el fusil.

Rompe el silencio un sapo rechoncho, con ojos prominentes y puntual pupila recelosa, de aspecto oliváceo, diminutas marcas oscuras y verdosas, y una aguda y oclusiva llamada pu, pu, pu, que finaliza cuando Pedro encuentra su refugio y lo elimina.

Las libélulas y los saltamontes callan. Una verdosa culebra bastarda, de grandes y amarillos ojos e incisiva mirada, reacciona con fuertes silbidos, que repite hasta que Pedro la estran-

gula sin dejar que le muerda, pues su mordedura, aunque no mortal, entumece, provoca rigidez, hinchazón o hasta fiebre durante algunas horas.

Acude a su memoria Carmen, su mujer, quien siempre le advertía: «¡Ay, cariño! Abre el ojo y no el del culo. Amigo no hay más amigo, que el más amigo la pega. Amigo no hay más amigo que un duro en la faldriquera.»

El general Vicente Rojo, con sus gafas circulares, su escaso bigote superior, sus entradas pronunciadas y sus grandes ojos, piensa en las intenciones de Companys, lograr una Cataluña independiente con la positiva mediación extranjera, y para ello la ofensiva del Ebro debe alcanzar la línea de trincheras que el Consell de Defensa de la Generalitat construyó en el 36, la del río Algars, los límites territoriales catalanes a la espera de una negociada solución internacional. Le hagan o no a él ministro de Defensa de ese posible futuro estado, quizá algún día alguien encuentre entre sus testamentarios legajos parte de las palabras con las que la ofensiva se fraguó.

El proyecto de operaciones de 5 de junio por fin tiene fecha. Ha llegado el día D y con arreglo a las directrices 1 y 3 que él ha escrito con su puño y letra, por orden del ministro de Defensa Nacional, el ataque se desencadenará durante la madrugada del 24 al 25 de julio, el día de Santiago.

Pedro Hernández se alista, semanas antes de la ofensiva, en el comando donde está Francisco Pérez López, quien tiempo después publicará los hechos en su diario de guerra.

—Siempre me toca a mí hacer de guardia civil —reniega Pedro.

—A alguien ha de tocarle —sonríe Francisco.

Con unos camiones katiuskas los acercan hasta un convento abandonado, cerca de un pueblo deshabitado donde los cerdos, cabras, pollos y conejos campan a sus anchas. Cargan un par de mulos y un burro, y suben hasta el convento abandonado, repleto de aceite de oliva, sacos de arroz, judías y guisantes. Las bodegas rebosan vino y jamón. Desde la cima vigilan el movimiento de las tropas, las armas y la artillería. A diario se aprovisionan de agua mediante una patrulla que, del pueblo abandonado, sube cebollitas, tomates, patatas, rábanos, lechuga y cerezas. Durante tres semanas exploran la región. Logran un par de prisioneros que acabarán yendo a Barcelona. Cruzan el río cada atardecer.

Se enfrentan a los tabores marroquíes, acuchillan centinelas, lanzan granadas y si pueden, regresan con ocho o diez prisioneros. Disparan al recibir el alto; si el enemigo los coge se ensaña arrancándoles las cabezas y empalándolos en los postes de sus tiendas de campaña.

Somos tres grupos de vigilancia. Una noche sorprendemos a los moros, algunos tocan la flauta, otros duermen casi desnudos. Pasamos entre los centinelas que pasean charlando arriba y abajo y en medio del campo empezamos a lanzar granadas. Los centinelas han sido asesinados. Los demás corren en todas direcciones, desarmados. Los masacramos con las dagas. Solo cuatro soldados andaluces quedan con vida. Cargamos las armas capturadas y regresamos. El enemigo dispara a nuestra espalda desde todas partes. Repasamos el río por los pelos. Llueven pepinos de mortero sobre el agua y las balas de las ametralladoras susurran rata-ta-tá y hieren a un americano. Lo ponemos a cubierto. En la otra orilla quedan los legionarios, marroquíes, algunos boinas rojas o carlistas y algún guardia civil. Disparan a los que intentan cruzar. Acuden los tanques.

Los días posteriores nos escondemos en las bodegas con el jamón y el vino. La artillería nos visita.

Volvemos a la retaguardia donde los franco-belgas continúan fumando sus Gauloises. Y algunas noches cantan y bailan y beben.

Roque Esparza tiene las manos huesudas y grandes, el pelo ondulado, los pies enormes, los ojos saltones y líquidos, el cuerpo desgarbado y ancho. Es bromista, piadoso, caritativo, imaginativo, de lento hablar y tranquilo pensar, y cree que no vale la pena meter las narices donde no le importa. Pone su mano sobre su gorro frigio y contempla silencioso el río.

En hay piazos que dan que pensar, reflexionará. Con adobe, vendimia, lagar, ascuas y breñas rondando por su cabeza. Para cuenta, to quisqui y hala, a cascarla. ¡Santa Bárbara bendita! Y sin ir a rondar a las mozas del lugar.

Roque Esparza es largo de piernas, fuerte de brazos, ancho de espaldas, amplio de pies y manos; de cráneo voluminoso, cabeza de silueta rectangular, negro y cepillado pelo, nariz chata, mentón corto, orejas grandes, más tozudo que una mula, más cumplido que un luto, con voz grave, tranquila y un deje aragonés no en exceso marcado.

Angüés huele a tierra seca, a grillo, a sudor y rastrojo de polvorientos caminos, vides y trigales.

Angüés es un pueblo sencillo, casi llano, que está siempre de paso a alguna parte y en el que pocos viven desde siempre. Por un lado lleva a Siétamo y a Huesca, de forma vertical, y por otro, de forma horizontal, lleva a Bespén, o a Junzano y a Casbas. Más adelante, a Torres de Monte y Pueyo de Fañanas.

Las bandadas de palomos sobrevuelan la iglesia, visitan el campanario y describen vuelos sobre algunos pajares que aún esconden recuerdos de mozas que Roque nunca reencontrará, cuando quiera olvidar el Ebro, la cárcel, el cura y el exilio.

El pelo del teniente Andrés Muro es corto, negro y fino. Sus ojos son oscuros y su mirada firme, los huecos de una escopeta de doble cañón. Su tez, olivácea; su voz, suave, fuerte y persuasiva. Luce un discreto bigote. Es incansable, prudente, orgulloso, recio y frío.

El teniente Andrés Muro nace en Madrid el siete de enero de 1914. Lucha en el bando faccioso, al que, obviamente, prefiere llamar «nacional». Se casó en el año 36 con Elena Domínguez, una mujer hermosa y pura, de convicción católica, que le llevó al altar solo unos meses antes del Alzamiento Nacional. El teniente Andrés Muro cree que si una Helena empezó lo de Troya, otra, la suya, es motivo suficiente para salvar a España. Andrés, pese a su juventud, habla tres idiomas: español, inglés y alemán, y tiene algunas nociones, aunque elementales, de francés e italiano.

Madrid es una caja fuerte que atesora a su esposa, Elena Domínguez, con su rostro ovalado, su pequeña nariz de punta redondeada, sus amplios labios, su barbilla pronunciada y su mechón rebelde tan oscuro cual sus ojos, el izquierdo más grande que el derecho, que le estarán buscando, a través de las estrellas, en las inescrutables y celestes entrañas de la noche.

Durante la batalla cada día visualiza a su Elena; el mechón se ondula en el diestro lado de la frente, las ojeras denotan que no lo está pasando bien y sin embargo, los amplios labios trazan un simple rictus que da la sensación, muy agradable, de estar a punto de convertirse en una infinita sonrisa. Su Elena, su mujer.

La noche del 24 de julio el teniente Andrés Muro da de comer a su caballo *Galán* pensando en las celebraciones del día de Santiago. En Corbera, en un descampado cerca de la carretera, iba a haber una competición de saltos. Se informa y sospecha de la actividad enemiga. Parece que se preparan para cruzar el río. No se cree posible que así sea. Ellos no son capaces.

El teniente alimenta a *Galán*, le acaricia la quijada, ajeno por completo a la futura muerte del caballo. Para el 25 de julio,

fiesta de Santiago, patrón de España, se ha programado un concurso hípico que el general Monasterio, jefe de la Caballería franquista, no ha querido anular. Los rojos no son capaces de cruzar el Ebro.

Pablo Uriguen es delgado, ágil y de altura normal. Sus rasgos son nítidos y finos. Su frente es ancha y su cabeza grande. Sus ojos verdes, casi hialinos, oscilan sin cesar. Allí donde va Basilio, va él; de no mediar orden contraria u otro tipo de causa que lo imposibilite.

Pablo es simpático y, como buen vasco, de nariz bien formada, onerosa y robusta. Habla con un acento marcado y fuerte, grave y altivo; con una voz que parece surgir de la garganta a martillazos, y resuena a vozarrón y a ecos de rumoroso mar. Es sociable, buen conversador, despierto, satírico y de rápido pensar.

Pablo Uriguen nace en San Sebastián el 19 de julio de 1920. Su destino era ser pescador (*arrantzale* lo llaman allí en su lengua), como todos sus familiares, y no soldado. Habla de los nudos ordinarios, dobles, as de guía, corredizos, calabrotes, llanos, llanos dobles, cote escurridizo, balso por seno, lasca, lasca por seno, lasca doble, horca, pescador, burel, ballestrinque, remolque, san francisco, gaza o cote. Su familia está ligada al mar por incontables generaciones y él no quiere morir en tierra firme, sino en las mismas entrañas del Mar Cantábrico. Ningún hombre elige donde muere. Eligen por él las circunstancias.

Pablo es vasco, católico y republicano. Habla de brújulas, sextantes, cuadernos de bitácora, anclas, barcos y capitanes. También de velas cuadradas, cangrejas, bermudas o latinas; de balleneros, queches, goletas, bergantines, y de las mismísimas carabelas de Colón. Añora La Concha, el Cantábrico, el chillido de las gaviotas, el rumor del mar, a sus padres, a su hermana Amaia y a sus amigos. En vez de vivir pendiente de sus sue-

ños marítimos (foques, fofoques, contrafoques, petifoques, chafaldetes, trinquetes y demás), o de la dura vida familiar luchando contra el mar por sacar en las redes la pesca necesaria, ahora vive pendiente de las bombas de mano, los morteros, las balas, los cañones, los aviones y las trincheras donde, junto a Perich y muchos otros, descubrirá el infierno.

El tanque y el avión devuelven la movilidad a la guerra, la sorpresa y la velocidad, explica Basilio Perich. La sorpresa y la velocidad en la ofensiva del Ebro están en los pies y corazones de los soldados; en la meticulosa y ajedrecística preparación. En un primer momento.

Los tanques destruyen con los diversos calibres de sus cañones todas las defensas a su paso, liquidan las armas automáticas que detienen a la infantería y la caballería, que tiene poco sentido y está en decadencia. Aunque los antitanquistas pueden luchar contra la máquina y vencerla.

Los bombarderos y cazas diezman los refuerzos, destruyen las comunicaciones, las columnas que se dirigen al frente o las desarticulan mucho antes de que lleguen a este, o impiden que se utilicen las reservas estratégicas. El ingenio español no tiene límites y entre la noche y el día solo existe la voluntad del hombre. Los movimientos nocturnos de tropas reducen las posibilidades apuntadas.

La República también cuenta con tanques y aviones. Su mayor desventaja será su desgaste y el progresivo desequilibrio que la *No Intervención* provoca, y esa es una historia que no merece ser contada.

En los días turbulentos hay quien amenaza a una mujer para que delate a su esposo, escondido de topo en algún recóndito paraje. Si ella no es fuerte y cede pronto acudirán a darle el paseo. Hay quienes atan a la víctima a un coche, lo arrastran, lo ven exhausto a punto de morir y entonces orinan sobre su boca y después: ¡bang! Los nacionales también tienen sus métodos. Muchos se acostumbran a vivir de topos, se esconden por miedo en uno y otro bando. Otros desertan,

andan de noche, se esconden de día. Lanzan su fusil en plena batalla, cuando ven que todo está perdido y ponen rumbo a casa. Algunos llegan y otros caen por el camino.

En los días turbulentos un niño barcelonés, al final de las Ramblas, ve pasar camiones cargados de carne de muertos y muertas, trozos de cadáveres, un brazo, una cabeza. Vive acostumbrado a las sirenas y a los bombardeos, a correr, perder las alpargatas y ver muertos y muertas por el suelo.

En los días turbulentos un hermano puede estar en un bando y su hermano puede estar en el otro. Uno puede ser comisario y el otro encontrar papeles que lo incriminen y destruirlos, o no. La gente cree que muere por ideales y tan solo lo hace por dos motores latentes en la historia: la economía, y el odio.

El 18 de junio del 36 es domingo y algunos se quedan sin ir a la playa. Dos años después en Barcelona de noche no hay luz.

Algunos llevan en los ojos los conventos quemados y los ataúdes con esqueletos al aire. Otros bailan en el Casino, trabajan en un taller de artes gráficas, usan el tranvía y desconocen a los paseados de la Arrabassada.

La retaguardia vive en el horror, la carencia y el absurdo. Se alarma la sirena en la torre de la plaza de Gracia. Brillan los aviones en el cielo. Ya hay refugiados en el andén del metro. Escombros, todo son escombros. El espantoso ruido de la bomba, el silencio, el ruido de los cascotes, los quejidos, los heridos en el suelo del Clinic, los heridos grises de los bombardeos. La gente corre, deambula enloquecida, salvaje. Algunos explican chistes y viven el momento. Otros, la angustia y el «¿cuándo se acabará esto?»

La bomba frente al cine Coliseum deja trozos de ropa y carne en los árboles. Ya nadie ve *Tiempos modernos*, de Chaplin. Toca hacer largas colas para encontrar comida.

Algunos nunca acaban de ver la película *Bajo dos banderas*. Otros no volverán a bailar sardanas en el parque el domingo

por la tarde, a ir de excursión al campo, a ir al teatro o a recorrer las humildes, populares, empinadas y estrechas calles hacia Montjuich del barrio del Poble Sec, desde el Paralelo, con sus detalles modernistas y su Santa Madrona.

La Via Laietana se llama ahora Via Durruti.

En plena Guerra Civil España sufre una plaga de iniciales: PSUC, POUM, FAI, CNT, UGT, JCI, JSU, AIT, UHP y demás.

El PSUC es un partido «champiñón» que hace *pluff* y aparece propiciado por las circunstancias. Los anarcosindicalistas de la CNT y los anarquistas de la FAI, junto al POUM (Partido Marxista, con trotskystas, dogmáticos, antiestalinistas, dispuestos a repetir en España la experiencia rusa de 1917) dan color e ideas al clima bélico. Los militares «nacionales» se alzan en armas contra la República, contra un Gobierno elegido de forma democrática en las urnas (al cual no quieren reconocer) por intereses.

El enemigo viste ropas de utopismo anarquista y habla de comunismo libertario. Sobran las barricadas, soldados, milicianos, zonas de combate, consignas y bandos.

¿Dónde está Nin? ¿En Salamanca o en Berlín?

La represión republicana es fruto de iniciativas concretas, individuales o colectivas, nunca asumida por los dirigentes; aunque, para algunos, tal afirmación sea inadmisible.

La represión franquista es sistemática y brutal, asumida de pleno por militares y políticos. Siempre en aras del Alzamiento Nacional, del Destino en lo Universal, que impone un precio por salvar a España de una parte de sus españoles, la de todos aquellos que forman las hordas demoníacas de los rojos, que han de ser aniquiladas por el Artífice total de la Victoria, Gran Capitán de su tiempo, Caudillo, Generalísimo, por la Gracia de Dios, Francisco Franco, conquistador final de su histórico título: liberador de la Patria. Una, grande y libre.

Así es como España se llena de víctimas, inocentes o no. Así los tanques cruzan por los viñedos, culpables (sin duda y sin escapatoria) de no poder moverse de los campos que habi-

tan. Surge el Ejército Popular de la República, el SIM (servicio de contraespionaje), el Quinto Regimiento, las Quintas Columnas, el «No Pasarán» como lema fundamental en Madrid, el drama local, provincial y nacional, por el que España es noticia. Los extranjeros intervienen voluntarios o forzosos con su vida o su ayuda (esfuerzo, material, comercio o propaganda). La guerra evoluciona hasta llegar al Ebro.

Cambó ayuda a Franco y Radio Veritat hace más daño en Cataluña que Queipo de Llano con Radio Verdad desde Sevilla. Cambó ya se había lucido con su ley, de julio del 18, al provocar la eliminación de más de la mitad de los humedales del país, con la desecación. Su dinero y el de Juan March avalan a Franco fuera del país.

Al abuelo de alguien se lo cargan los rojos en un pueblecito cercano a Toledo. Le roban su automóvil y a cambio, le dejan la frialdad del plomo traidor, un par de fogonazos nocturnos en la espalda y un silencio absoluto ante el porqué. El abuelo de alguien desaparece, se va a un paseo, obligado, y unos días después, como sucede en estos casos, alguien escupe a sus familiares: «Ahí tienen el cadáver.»

Del asesino, lo único que se sabe es que nunca se supo nada y quizá nunca nada se sepa. Quizá aún vive. Nadie espera que abra la boca.

Al abuelo de alguien se lo podrían haber cargado también los falangistas de haber sido otra persona. En esta época la gente muere por las circunstancias, por lo que parece ser, lo sea o no, ante las desbocadas huestes de ambos bandos. Por lo visto, alguien quiere sembrar las cunetas de cadáveres y el miedo, el odio y los fusiles, en pelotón, turban las calles.

Una víctima más es Federico, Federico García Lorca. Todo el mundo lo sabe. Entre otros lo escribe Machado, que «el crimen fue en Granada, en su Granada.» ¿Qué más da dónde fuera? La voz de los poetas no la acallan fusiles ni disparos. Lo único que se logra es la leyenda, el mártir. Miguel Hernández le cantará: *Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas*.

Lorca es enterrado junto al profesor Galindo y al banderillero Galadí.

Neruda llorará por la lorquiana voz, «de naranjo enlutado.» A su vez, el primo asesino dejará dicho: «En Granada estábamos hartos de maricas. Acabamos de matar a Federico García Lorca. Le dejamos en una zanja. Y yo le pegué dos tiros en el culo. Por marica.»

Del abuelo de alguien o de su automóvil nunca más se supo. Muchas familias de uno y otro bando vivirán el resto de sus vidas con la losa de las preguntas inhibidas, mortecinas, que vagan en el silente olvido de lo para siempre jamás irreparable. Se ha ido Unamuno. Se ha ido José Antonio. Otros se irán al exilio. Y quizá a algo peor.

Para algunos, la guerra es una lucha de clases; para otros, una cuestión de fe. Una cruzada contra el ateísmo y el materialismo. Resulta muy sencillo decir es blanco o negro, la eterna lucha del Bien contra el mal, del Orden contra el caos, de la Razón contra la insensatez, del rico contra el pobre. La realidad no es blanca ni negra. Es gris, terrible y lamentable: una guerra incivil.

—Siempre me toca a mí hacer de guardia civil —reniega Pedro.

—A alguien ha de tocarle —insiste Paco, que no lo escribirá en su diario de guerra.

Cruzan las montañas. Los camiones se acercan a una playa en la desembocadura del Ebro con un puente de hierro destruido por el medio. Solo podemos comer hasta las once en punto de la noche. Cruzamos el río nadando. Es un día caluroso, sediento, sin agua a nuestro alcance; está prohibido ir a buscarla.

El primero que cruza lleva un ovillo de cordel que agarra al tronco de un árbol. Cruzamos siguiendo su línea. Nos disfrazamos de legionarios, alemanes, guardias civiles o soldados con botones de madera. Cruzamos el ferrocarril y buscamos la carretera. Ni un alma a la vista. Liquidamos a los dos centinelas del puen-

te y llegamos a una casa donde tocan el acordeón, ríen y cantan. Abrimos la puerta y encontramos a un mayor, dos capitanes y unos doce soldados desarmados y medio borrachos, sin pantalones y en camiseta, sentados sobre las camas deshechas. Se rinden todos menos el mayor, al que un checo golpea con su pistola. Los hacemos prisioneros. Matamos a un par de italianos que conducen un camión con sus ridículos plumeros en la cabeza. Con la bengala verde regresamos a casa. Nos desvestimos y nadamos repasando el río. Nos ametrallan y un inglés muere.

Hay quien, cuando tenía siete años, había jugado con Einstein, en febrero del 23 en su pueblo de Esplugues de Francolí, que había llegado al país invitado por el Institut d'Estudis Catalans, para que disertara sobre su teoría de la relatividad en el Palau de la Generalitat, o sobre la cosmología del universo finito en la Academia de Ciencias. Nadie le entendió nada. Se sorprendió de nuestra analfabeta patria y exaltó a los obreros a leer a Spinoza. No sé si alguno le hizo caso.

Hay a quien la gasolina le recuerda el día en que se coló para ver la victoria de Tazio Nuvolari en la carrera del parque de Montjuic, en junio del 36, a quien Companys coronaría con los laureles del triunfo sudado entre plátanos y farolas, y retransmitida, entre otras, por Radio Barcelona.

Hay quien mira el tendido eléctrico de los tranvías, que parece un tendero donde colgar la ropa, y recuerda el polvo del camino de la Creu Coberta al llegar a la plaza de España, antes de que la urbanizaran. Cuando quieren cortar el tráfico bajan los troles de los tranvías, los dejan escapar para que así queden enrollados en los cables y sin posibilidad de recomposición.

Hay quien da de comer a las palomas, o sube al mamut del parque de la Ciudadela, réplica del que se había descubierto a principios de siglo en los Urales, en las riberas del río Beresowka, o va a comprar a los almacenes El Siglo, en la calle Pelai, o hace años estuvo en un concurso de globos en Poblenou y vio Barcelona desde el cielo, o la ve a la sombra de la enramada de los plátanos de las Ramblas, o en la boca del metro-

politano frente al Liceu, o en la plaza de la Boquería. Hay quien sigue vivo y va hacia los refugios, al de Poble Sec de casi dos kilómetros, al de la plaza del Diamant, al de la plaza Raspall, o al de la plaza Revolución, construido por los vecinos de Gracia. Barcelona sobrevive a pesar de las heridas.

El Ejército republicano se estructura a partir de la brigada mixta, cuya composición se resume en cuatro batallones de infantería, un grupo de artillería, un escuadrón de caballería, un batallón mixto de ingenieros, una compañía de intendencia, un grupo de sanidad y el primer escalón ligero de municionamiento.

Tres brigadas mixtas forman una división. Tres divisiones forman un cuerpo de Ejército. Nosotros formamos parte del Quinto Cuerpo de Ejército, comandado por Líster.

Parte de la batalla sucede en el sistema ibérico; tierra de abetos, pinos, hayas, robles y abedules.

Los rebeldes otorgan al río la condición de obstáculo insalvable, convencidos de que sus peculiaridades físicas impiden que sea franqueado con éxito. Presuponen la incapacidad técnica y la pobre pericia de los republicanos; sin ponderar, en su justa medida, que las temperaturas de julio han disminuido su caudal y que, además, no es la primera vez que intentamos y logramos sorprenderlos, aunque después nos derroten.

La batalla acaece sobre el territorio que, muchos años después, se englobará en las comarcas catalanas de Terra Alta, Ribera d'Ebre, Baix Ebre y Montsià y, también, en las aragonesas tierras de Mequinenza, que pertenecerán a Zaragoza. El núcleo de la misma se reduce a los espacios físicos y naturales frente a la asediada Gandesa, y los caminos que a ella llevan, desde las poblaciones y lugares que conquistaremos, defenderemos y abandonaremos.

Amposta será un descalabro total. Las tropas encargadas de avanzar por allí, de la 45.ª División, al igual que en Tortosa, serán rechazadas por la 105.ª División franquista.

Xerta, a solo doce kilómetros de Tortosa, capitulará ante nuestra ofensiva. En Benifallet, el balneario de Cardó, construido en 1866, lo convertiremos en hospital durante la batalla.

La lucha discurrirá también por la cordillera pre-litoral. En los límites entre la Terra Alta y el Baix Ebre, las sierras de Pándols y Cavalls verán como se escribe (con sangre, furia y desesperación) una incalificable página, un episodio más de la contienda de la Historia de España y del mundo en la tercera década del siglo XX.

El Fayón antiguo tiene su castillo a 56 metros de altitud sobre el mar. Mora d'Ebre, Ascó y Miravet también tienen un castillo.

Mora d'Ebre se convertirá en un puesto de comandancia y en nuestro principal centro de abastecimiento. A finales de octubre, principios de noviembre, volaremos su puente.

Las fuerzas del Gobierno de Burgos no volverán a tomar el castillo de Miravet hasta el 7 de noviembre, ya que lo perderán al inicio de nuestra ofensiva.

Flix, ocupado por los rebeldes el 4 de abril de 1938, lo recuperaremos el 25 de julio y quedará, en manos fascistas, definitivamente conquistado el 16 de noviembre, tras los «fuegos artificiales».

El río Canaletes, de unos treinta kilómetros, cerca de Benifallet, desemboca en el Ebro. Vilalba, Fatarella, Corbera d'Ebre y Gandesa, donde destaca la sierra de Pàndols, están en la Tierra Alta.

Nuestra línea de ataque va de las montañas de la Fatarella a Vilalba dels Arcs, Gandesa, la sierra de Cavalls y la de Pàndols.

Predomina el paisaje abrupto y la escasa y desnuda roca calcárea. Los hombres no solo luchan entre sí, sino también contra la despiadada y fascinante *natura* de la zona. La orografía del campo de batalla sobrecoge y admira. Destacan, como

se ha dicho, la sierra de Pàndols con 705 y 671 metros de altitud; el Puig Cavaller, con 709; la sierra de Cavalls, con 660; la Fatarella, con 550, o el Coll del Moro, 466. Se fortificarán, por ejemplo, el Puig de l'Àliga, San Marcos o San Marx, Pándols o la Obaga de la Fontcalda.

Los requetés rezan el Rosario en las trincheras y en el combate desafían a la muerte sin ningún temor. Invocan a Dios nuestro Señor con el fin de librar a la Patria y al mundo entero del azote comunista. Defienden la unidad de España contra las autonomías vasca y catalana.

El requeté Josep Camps forma parte de la sección de choque del Tercio, y lleva grabado en su fusil Mauser: «Tirad mucho y bien, ¡pero tirad sin odio!» Prefiere llevar la boina roja antes que el casco de acero. En abril del 38 quisimos volar Vilalba. El Tercio ahora aún está lejos de allí. Todavía se encuentra cerca de Villanueva de la Serena y no ha emprendido la marcha a pie hacia Cáceres, para después, en tren, ir de Valladolid a Zaragoza y después hacia Tortosa, Puebla de Híjar, Alcañiz y, por fin, Bot, y llegar al atardecer del 28 de julio a Vilalba dels Arcs.

Los servicios de contraespionaje y el SIM (Servicio de Inteligencia Militar) no descansan. La República se mueve. Se trabaja en el transporte de unidades, la recogida de embarcaciones, materiales, dinero, con la mayor cautela y precisión posibles. El objetivo es la sorpresa. Una gran sorpresa.

Juan Modesto tiene a sus órdenes los Cuerpos de Ejército quince y quinto, cuyos respectivos jefes son Tagüeña y Líster.

En el Quinceavo Cuerpo están las Divisiones 30.ª (mayor Estebán Cabeza), 35.ª (mayor Pedro Mateo Merino) y 42.ª (mayor Manuel Alvarez).

En el Quinto, las Divisiones 11.ª (mayor Joaquín Rodríguez), 45 (mayor Hans Khale) y 46.ª (Valentín González El

Campesino, minero y desertor de la Legión, que es sustituido el día 25 por Domiciano Leal).

Modesto es el primero en idear y plantear un ataque en el sector del Ebro Fayón—Ribarroja a Benifallet-Xerta. El general Vicente Rojo lo plantea como una salida hacia el sur, para la cual necesitamos los víveres y municiones, que la apertura de la frontera francesa (a partir de mediados de marzo) ha posibilitado. En junio, la frontera permanecerá otra vez cerrada.

Antes de la ofensiva visitarán el frente Negrín, Companys y los líderes hindúes Nehru y Menón.

La 35.ª División la componen casi doce mil hombres. ¿Cuántos van a sobrevivir? ¿Y de los demás que será?

Los soldados estamos tranquilos. Contentos y conscientes. La batalla todavía no existe todavía.

Cincuenta días, casi dos meses, buscando y preparando escondrijos en la orilla del río, aleccionando al primer escalón, disponiendo los puentes de vanguardia, los de caballete (para 6 y para 12 toneladas), los de hierro (para 28 toneladas) y las barcas motoras.

La denominada «Quinta del biberón» combate en el Ebro. Tuvo su bautismo de fuego en Tremp y Balaguer, con una cabeza de puente.

Recibimos instrucción para pasos de río. Hacemos marchas y ejercicios nocturnos. Vamos almacenando barcas y puentes. A algunos los adiestran en el manejo de las embarcaciones.

Camuflamos el material (en su mayoría deficiente, por su sequedad, sus grietas, agujeros, o su evidente inutilidad). Cuando crucemos el río, nos recibirán los débiles disparos de fusil con los que el enemigo intentará detenernos.

No van a conseguirlo.

Maik, Michael Berger, sostendrá entre sus manos una vieja fotografía.

Ahí están los del British, sonrientes y morenos, concentrando sus miradas en el cíclope ojo de la cámara. Un fogonazo los inmortaliza. No recordará con precisión dónde era, pero era antes de cruzar el río. La instantánea perpetúa a uno con boina y la cara girada hacia la derecha. A otro, de rodillas con su fusil y su bayoneta montados. A otro más, con el puño en alto. A otro, con sus gafas. A otro, con su barba. A todos, con una sonrisa que no presagia lo que va a suceder; lo que van a vivir.

Ahora que julio empieza a terminarse.

Se topa con el bibliobús del SBF, que ha pinchado y entonces repara en una hermosa joven que le sonríe. Aún no sabe, que se llama Carmela, y que se ha fijado en sus pantorrillas de sanitario bajo el kaki pantalón corto, y en su peinado con copete. Quizá también en su trasero. Menos mal, siente *Maik*. Parte de su anatomía empieza a elevarse como las empinadas calles de la Fatarella y eso no pega nada con el dolor de aquello que se rompe para siempre, con el rostro del niño pegado al escaparate de una librería, ni con el frío del ahogado pecho y el rumor de las aguas que lo llevan.

Carmela habla con una amiga que del Paralelo, Avenida, hasta el Portal del Ángel, París, los cines no han parado de crecer. Recuerdan también, cómo no, el Fantasio y el Metropol.

La hermosa joven recuerda los cadáveres sobre la Plaza de Cataluña, aún por urbanizar, el día del alzamiento castrense. Los soldados se fueron concentrando en la plaza desde diversos puntos y cuando estaban juntos, de las cuatros esquinas, de las bocas del metropolitano y de algunas oficinas también, surgieron los disparos del pueblo y llenaron de sangre y furia la Plaza de Cataluña. Se habló de diez mil muertos.

Carmela estudió de los 14 a los 17 años en la Escola Profesional de la Dona de la Generalitat de Catalunya: corte y confección, sombreros, floreros artificiales, puntas y bordado,

lavado y planchado, matemáticas, humanidades y economía doméstica.

Está claro que algo va a suceder. Han hecho un sorteo entre los marineros y han elegido a los que mejor reman. Han solicitado veinticinco voluntarios que sepan nadar bien. Veinticinco por batallón. Está claro que vamos a mojarnos.

La Tierra Alta es una comarca accidentada, pobre y rota, sinuosa y encajonada por estrechos barrancos, en la que fluye el Canaletes, afluente del Ebro, con abundancia de viñas y escasez de agua.

En junio nos adiestran en el uso de pontones y de botes pequeños. Simulamos ataques; solo con la fuerza de nuestras ametralladoras y morteros, por si la artillería y la aviación no pudiesen maniobrar con nosotros.

En los pozos pondremos puestos de mando. Los parapetos de piedra nos servirán de cobertura. La zona a ocupar es montañosa, poco arbolada y de duro suelo para cavar refugios.

Carta número 343

Querida Berta:

Aunque nunca recibas esta carta (ni las demás), has de saber que no te olvido. Algo va a suceder. Quizá importante. Estamos en Falset y se dicen y especulan muchas cosas. Cuando nos tratan bien, y aparecen por ahí algunos paquetes de Camel o de Lucky, algunas gotas de güisqui (cosas de los americanos), será que se prepara algo importante.

Nos han entrenado y preparado cruzando ríos imaginarios, o sucedáneos físicos, con lo que llaman medios continuos y discontinuos. Barcas, botes, pasarelas, toneles y demás. Algunos, a marchas forzadas, están aprendiendo a nadar. Hemos hecho simulacros de aproximación, embarques y desembarques, ataques y también marchas nocturnas (contigo las noches eran más divertidas), mar-

chas de diez o quince kilómetros y otras acciones a nivel de sección, compañía y batallón.

Ya ves, mi Berta, que los últimos días (el último mes) están siendo movidos. Pienso en ti y consumo mis horas entre corrientes fluviales y embalses. Vivimos con una euforia y una emoción sin fin. Podemos vencer. Podemos decidir la guerra, a nuestro favor. Los soldados cantan canciones como Columna Thaelmann, Si me quieres escribir, La Varsoviana, Ay, Carmela, Quince Brigada, Bandiera Rossa, Himno de Dombrowsky, La Internacional *o* No Pasarán.

Tanta alegría me ha hecho recordar nuestra boda, los gritos reiterativos: ¡Vivan los novios! ¡Qué se besen! Y la felicidad de hallarnos juntos, la dicha que nos daría un fruto, tan dulce como tú, llamado César. La felicidad que compartíamos con los seres queridos. Ahora el calor es espantoso y mis gotas empapan el papel de esta carta, pobre pero sincera, que no podrás contestar ni leer.

Te sigue amando, Berta,

tu Basilio.